

Las copas de la ira - Apocalipsis 16

Introducción

El capítulo anterior trató sobre la preparación de las siete plagas postreras, y lo que sigue ahora es la consumación de ellas.

Tenemos, por lo tanto, una nueva serie de siete juicios. Esta es la tercera si tenemos en cuenta los sellos y las trompetas. Sin embargo, a diferencia de las anteriores, éstas afectan a todo el mundo sin restricción alguna. Además, su ejecución se lleva a cabo rápidamente, casi sin interrupción alguna. Por otro lado, en las dos series de juicios anteriores, al llegar al sexto juicio, se hacía un paréntesis y comenzaba otra serie de plagas, pero aquí vamos a ver que la serie se completa, no dejando nada pendiente. Se trata por lo tanto de las plagas postreras en las que es consumada la ira de Dios (**Ap 15:1**).

Es un capítulo muy solemne, en el que Dios está interviniendo de formas sobrenaturales para juzgar a este mundo. No debemos buscar, por lo tanto, explicaciones lógicas o científicas a lo que aquí se nos dice.

Y otro detalle que nos asombra y entristece es que a pesar de la dureza de los juicios, no hay evidencia alguna de arrepentimiento, aunque también es cierto que de parte de Dios tampoco hay ya ninguna invitación a él.

La orden para ejecutar los juicios

(Ap 16:1) “Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.”

Aquí cabe señalar que aunque los ejecutores de los juicios son una vez más los ángeles, la orden es dada por una gran voz que provenía del templo.

Juan dice que escuchó una gran voz, lo que sugiere autoridad y firmeza. Y la orden dada fue: *“Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios”*. Notemos el alcance universal de los juicios de las copas.

La primera copa

(Ap 16:2) “Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen.”

El primer juicio consistió en *“una úlcera maligna y pestilente”*, una plaga terrible y repulsiva que dañaba sólo a los hombres. Además del aspecto repugnante de las llagas, estaría también un fuerte olor desagradable.

Esta es una forma de decir cómo ve Dios al pecador. El profeta Isaías usó una descripción similar:

(Is 1:6) “Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.”

El pecado daña gravemente la imagen de Dios en el hombre. Podríamos decir que lo que esta plaga estaba haciendo era sacar al exterior lo que había en el interior de sus corazones y pensamientos.

El pecado desvirtúa al ser humano. Originalmente había sido creado a la imagen de Dios, pero prefirió cambiarla por la marca de la bestia. Había sido creado para tener comunión y adorar a Dios, pero prefirió adorar a una bestia. Esto es un auténtico cáncer que destruye la verdadera humanidad, y Dios no puede callar ante una perversión así.

Por otro lado, esta plaga nos recuerda los sarpullidos y úlceras de Egipto (**Ex 9:8-11**). Es interesante notar que esta fue la sexta plaga. Antes de ese momento, Faraón se había negado a admitir que fuera Dios quien enviaba esas plagas. Quizá pensó que lo que estaba ocurriendo en su país podía ser algo fortuito. Pero la exactitud con la que Moisés anunciaba los juicios y cómo ocurrían, le hicieron descartar esa idea. Parece que en otros momentos pensó que Dios no era más poderoso que sus dioses. Al fin y al cabo, sus hechiceros lograron imitar las tres primeras plagas. Pero cuando llegaron a la cuarta, sus propios hechiceros no pudieron hacer lo mismo, y tuvieron que declarar ante Faraón la increíble superioridad de Jehová (**Ex 8:19**). A partir de ese momento, Faraón no tenía ninguna excusa para seguir endureciendo su corazón, pero el hecho es que siguió haciéndolo. Y cuando llegó la plaga de las úlceras, notamos un cambio importante; ya no era Faraón quien se endurecía, sino que era Dios quien endurecía su corazón (**Ex 9:12**). Faraón había decidido libremente no hacer caso a las evidencias que Dios le mostraba, y llegó a un punto en el que ya no había retorno. Su destrucción había sido decidida. Pero Dios aprovechó la situación para mostrar su gloria de manera imborrable en Egipto y en todo el mundo.

En este caso el juicio vino *“sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen”*. Parece dar a entender que el resto serán librados. Como los israelitas fueron librados de las plagas en Egipto (**Ex 8:22**) (**Ex 9:26**) (**Ex 10:23**) (**Ex 11:7**).

Ahora lo que debemos notar es que la bestia a la que ellos habían adorado no podía hacer nada para librarles de las úlceras.

La segunda copa

(Ap 16:3) *“El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.”*

Anteriormente ya habíamos visto un juicio similar cuando sonó la segunda trompeta y un tercio de las aguas se convirtió en sangre y murió un tercio de los seres vivientes (**Ap 8:8-9**). Sin embargo, en este nuevo juicio no hay ningún tipo de proporción, sino que *“murió todo ser vivo que había en el mar”*. Esto sugiere el carácter completo y final de estos juicios.

No obstante, Juan quiere transmitirnos también la impresión que este juicio le produjo: *“el mar se convirtió en sangre como de muerto”*. La idea parece ser la de un hombre muerto en medio de un gran charco formado por su propia sangre.

A todo esto debemos añadir el desagradable hedor de un mar de sangre lleno de peces muertos que cubrirán las playas y costas en estado de putrefacción. Atrás quedarán los días cuando los hombres disfrutaban de la refrescante brisa del mar. Será una plaga terrible, porque los océanos ocupan un setenta por ciento de la superficie de la tierra, y proporciona una gran parte de los alimentos usados por el hombre. Y nos imaginamos que también afectará al transporte marítimo de tal manera que se cortarán las rutas comerciales.

Toda esta transformación de los mares del mundo en putrefactos estanques malolientes, será un juicio de Dios contra la maldad humana. Junto con las úlceras de la primera plaga, ofrece una imagen muy vívida de lo que será este mundo bajo la maldición plena de Dios, lo que también nos da una idea de cómo será el infierno.

La tercera copa

(Ap 16:4) “El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre.”

Este nuevo juicio guarda relación también con el juicio que vino con el toque de la tercera trompeta (**Ap 8:10-11**). Entonces la tercera parte de los ríos y de las fuentes de las aguas se convirtieron en ajenjo y muchos hombres murieron. Pero una vez más, la plaga que ahora estamos estudiando no conoce límite y llega a abarcar a toda la tierra. Y otra diferencia entre ambas plagas es que en esta ocasión las aguas se convertirán en sangre.

El agua es un elemento esencial para la vida humana. Después de esta plaga los hombres no podrán beber agua; sólo habrá sangre. Tampoco podrán lavar sus úlceras con agua. La falta de higiene y la transmisión de enfermedades causará estragos. Es una plaga muy severa y dramática, porque la vida sin agua es inviable.

La acumulación de las tres primeras plagas provocará una destrucción sin precedentes de toda forma de vida.

I. ¿Es esto justo?

(Ap 16:5-7) “Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen. También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos”

El escenario que se nos acaba de presentar es tan inimaginablemente horrible, que muchos se preguntan cómo un Dios misericordioso y lleno de gracia puede enviar tales juicios. ¿Son justos?

Lo que vamos a ver es que el castigo se corresponde con el crimen cometido. La causa contra ellos se debía a que *“derramaron la sangre de los santos y de los profetas”*, y Dios, que es justo, debía darles lo que se merecían. El mismo ángel que había derramado esta copa de la ira de Dios concluye: *“les has dado a beber sangre; pues lo merecen”*. Otro ángel, que hablaba desde el altar, quizá en representación de las almas que estaban allí porque *“habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían”* (**Ap 6:9**), también se une para mostrar satisfacción por lo que estaba ocurriendo: *“Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos”*.

El asunto era realmente muy grave, y como acabamos de ver, Dios tiene todo el derecho a juzgar a los hombres, porque él es el *“Señor Dios Todopoderoso”*.

Ahora bien, ¿por qué es tan grave este pecado de matar a los creyentes? En principio la Biblia nos enseña que quitar la vida de un hombre que está hecho a la imagen y semejanza de Dios, es como levantar el puño contra Dios mismo:

(Gn 9:6) “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre.”

Necesariamente Dios tiene que actuar, y lo hace con justicia:

(2 Ts 1:6) *“Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan.”*

Pero en este sentido, todavía hay un crimen infinitamente mayor que todavía no ha sido resuelto: Los hombres mataron injustamente al Cristo de Dios. Es verdad que muchos nos hemos arrepentido y hemos reconocido que no murió porque hubiera hecho algo injusto, sino que siendo perfecto cargó sobre sí la culpabilidad de nuestros pecados. Pero hay otros muchos que siguen pisoteando la sangre de Cristo, atrayendo sobre sí mismos una justa condenación.

(He 10:28-31) *“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de Gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”*

La cuestión fundamental con la que cada uno de nosotros debemos enfrentarnos tiene que ver con el valor que damos a la sangre de Cristo.

La cuarta copa

(Ap 16:8-9) *“El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.”*

La cuarta plaga afecta al sol. Esto ya había ocurrido en ocasiones anteriores: *“El sol se puso negro como tela de cilicio” (Ap 6:12); “Fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche” (Ap 8:12)*. Pero nuevamente vemos que esta plaga es definitiva y se aplica sin restricciones sobre todos los hombres.

El sol, que siempre ha suministrado al hombre luz, calor y energía, se convertirá en un agente destructivo y mortal. Los hombres no encontrarán la forma de protegerse de un calor tan ardiente que parecerá fuego. Pero un aumento tan importante de las temperaturas también afectará a los glaciares, llegando a derretirlos. Esto ocasionará la subida del nivel de los océanos en unos cuantos metros, la desaparición de los puertos y la inundación de muchas importantes ciudades.

Un juicio similar fue anunciado por el profeta Malaquías:

(Mal 4:1) *“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.”*

Difícilmente podemos imaginarnos el intenso dolor que la acumulación de estas primeras plagas tendrá sobre los hombres: úlceras malignas y pestilentes; el agua de los mares convertida en sangre como de muerto; los ríos y las fuentes también convertidas en sangre; y finalmente un calor ardiente como fuego. Pensemos en la sensación de estar muertos de sed por el intenso calor y no tener nada para beber o con que refrescarse.

2. Los hombres blasfeman el nombre de Dios

Los hombres no tendrán ninguna duda de que esos castigos vienen de parte de Dios, de hecho, reconocerán que *“Dios tiene poder sobre estas plagas”*. Pero su corazón estará

tan endurecido en ese momento, que lejos de reconocer su pecado y clamar a Dios por perdón, harán todo lo contrario: *“Y blasfemaron el nombre de Dios... y no se arrepintieron para darle gloria”*.

Algunos piensan que los hombres se arrepentirían si conocieran el juicio de Dios y cómo es el infierno; pero esto es una equivocación. En esos días los hombres experimentarán de una forma muy real un adelanto de lo que será el infierno, sin embargo, lo único que producirá en ellos será un mayor endurecimiento de su corazón.

La quinta copa

(Ap 16:10-11) “El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.”

La quinta copa se derramó directamente *“sobre el trono de la bestia”*. Es un juicio sobre Satanás y su reino.

Anteriormente vimos que toda la tierra se iba en pos de la bestia y la adoraban. Entonces todos hacían la misma pregunta: *“¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?” (Ap 13:3-4)*.

Ahora, el arrogante desafío de la bestia, que había establecido su trono en imitación del trono de Dios, va a ser juzgado para siempre. El esplendor de su trono se apagará con la plaga de las tinieblas, sin que la bestia pueda hacer nada para impedirlo.

El hombre prefiere las tinieblas a la luz, y esto es precisamente lo que consigue (**Jn 3:19**). Pero entonces se sentirán inseguros cuando vean oscurecerse aquello en lo que habían puesto su fe y esperanza. Unos a otros no se podrán reconocer y vagarán en la oscuridad sin saber a dónde van.

El resultado será un terrible dolor: *“Mordían de dolor sus lenguas”*. En medio de su intenso sufrimiento morderán sus lenguas, como si producir un dolor distinto lograra aliviar el rigor del que ya estaban padeciendo. Qué terrible es pensar que los hombres llegado el punto de verse morir, prefieren morder sus lenguas antes que clamar a Dios pidiendo perdón. Por el contrario se nos dice que una vez más *“blasfemaron contra el Dios del cielo”*.

Todavía no habían llegado al infierno, pero la acumulación de todos los juicios anteriores, más el hecho de vivir en tinieblas, les daba una idea muy precisa de a dónde se dirigían. Y lo peor de ese estado es que no hay forma de atenuar el dolor.

La sexta copa

(Ap 16:12-16) “El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.”

1. El gran río Eufrates es secado

El juicio de la sexta copa se derrama sobre el río Eufrates de tal modo que se seca y queda preparado el camino para los reyes del oriente.

Este juicio también está relacionado con el de la sexta trompeta (**Ap 9:13-16**). En esa ocasión, cuando la trompeta sonó, fueron soltados los cuatro ángeles que estaban atados junto al gran río Eufrates. Una vez desatados mataron a la tercera parte de los hombres.

Ahora el gran río Eufrates vuelve a estar en el centro de la acción. Tal vez debemos pensar en él como la frontera oriental de Israel (**Jos 1:4**). El hecho de que se seicara, permitiría el avance sin dificultad de los grandes enemigos de Israel; naciones como Asiria, Babilonia o el imperio Medo-Persa.

2. La trinidad diabólica convoca a los reyes de la tierra para luchar contra el Todopoderoso

Seguramente lo que tenemos ante nosotros es una campaña de propaganda diabólica: *“Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos”*.

El asunto parece importante porque la “trinidad diabólica” al completo está implicada en ella: el dragón, la bestia y el falso profeta.

Su actividad se centra en convencer a los reyes de la tierra para reunirse para la gran batalla final contra Dios. Y vemos que finalmente lo consiguen. En realidad van engañados, pensando que pueden vencer a Dios, pero al mismo tiempo, van porque quieren ir y luchar contra Dios.

Sin duda, Satanás, con su gran capacidad para el engaño, no tendrá dificultades para convencer a los reyes de la tierra. En realidad, éstos quedaron desprotegidos ante él en el mismo momento en que rechazaron a Dios (**2 Ts 2:8-12**). ¡Resulta tan fácil engañar a las masas para que vayan contra Dios!

Es curioso que los tres espíritus inmundos que salían de la trinidad diabólica, eran *“a manera de ranas”*. ¡Qué caricatura! Son presentados aquí como ranas que croan toda la noche en los pantanos y ciénagas. Y lo más asombroso de todo es que consiguen convencer a los reyes de la tierra y a sus súbditos.

Es verdad que en su campaña de propaganda usarán también de *“señales”* para persuadir a los reyes de la tierra (**Ap 13:13-14**).

Pero todo esto es absurdo, porque la batalla es contra el *“Dios Todopoderoso”*. Es imposible que sea vencido, así que aquel día será el día de la destrucción de los impíos.

3. “He aquí, yo vengo como ladrón”

En ese momento, cuando nadie lo espera, el Señor viene para la batalla final. Tan sorprendente e inesperada será su venida que dice: *“Yo vengo como ladrón”*. No quiere decir que venga a robar, sino a tomar lo que legítimamente le pertenece. Pero su venida será de tal modo que será imposible de predecir o calcular por adelantado.

Veamos lo que el apóstol Pedro dijo al respecto:

(2 P 3:10) *“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.”*

Puesto que no sabemos el momento de su venida, hay aquí una exhortación a estar vigilantes en todo momento: *“Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza”*.

Probablemente la figura usada aquí es la de un soldado que está en el frente haciendo guardia. Tiene que estar despierto y alerta. No puede quitarse sus ropas para dormir, porque en ese caso, si el enemigo atacara, sería vencido y sufriría un terrible ridículo.

4. El lugar de la batalla

La reunión de los ejércitos se lleva a cabo *“en el lugar que en hebreo se llama Armagedón”*. Esto significa *“montaña de Meguido”*.

Allí fue donde Débora y Barak derrotaron a las huestes de Jabín, rey de Canaán (**Jue 5:19-20**).

La séptima copa

(Ap 16:17-21) *“El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.”*

1. El anuncio de la sentencia final

Al llegar a la séptima copa nos encontramos ante un momento culminante. Esto viene indicado por varios factores.

En primer lugar, notamos que al ser derramada la copa por el aire, *“salió una gran voz del templo del cielo y del trono”*, lo que nos da a entender que Dios mismo desde su trono estaba interviniendo para poner el broche final a sus juicios.

En segundo lugar, encontramos la expresión: *“Hecho está”*, con la que se culminan sus juicios. Sobre esta frase, debemos recordar que también fue dicha por el Señor Jesucristo instantes antes de morir en la cruz (**Jn 19:30**). Aquello significó la culminación de su obra de salvación, pero ahora el contexto es muy diferente, porque lo que encontramos aquí es que los hombres que rechazaron su oferta de salvación, se han de encontrar ahora con la sentencia final de su juicio condenatorio.

En tercer lugar, debemos observar también cómo este juicio viene acompañado por ciertos elementos que enfatizan la solemnidad del momento: *“Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra”*.

Y en cuarto lugar, vemos que Juan describe esta plaga con una palabra que no usa en ninguna otra parte de este libro: *“su plaga fue sobremanera grande”* (**Ap 16:21**).

2. El juicio divino

La descripción del juicio comienza con un enigmático anuncio: *“Y la gran ciudad fue dividida en tres partes”*. ¿A qué *“gran ciudad”* se refiere?

Hay varias sugerencias, pero quizá lo más coherente sea identificarla con “*la gran Babilonia*”, cuya caída se va a describir con detalle a continuación. Y aquí lo que tenemos es el anuncio de que su unidad y concordia serán rotas.

Parece que la caída de esta gran ciudad provoca también la caída de otras ciudades por todo el mundo: “*Y las ciudades de las naciones cayeron*”. Estamos aquí ante el colapso de la sociedad organizada tal como la conocemos ahora.

Nuevamente el foco de este último juicio se centra en “la gran Babilonia”, que recibe de parte de Dios la más enérgica sanción: “*Y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira*”. No obstante, lo que tenemos aquí es sólo un breve anticipo de lo que va a ser el tema de los próximos capítulos (**Ap 17-18**).

Los juicios sobre Babilonia y las ciudades de las naciones serán acompañados de terribles cataclismos: “*Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento*”. A esto hay que añadir lo que se dijo anteriormente: “*relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra*” (**Ap 16:18**).

Después de esto las islas y los montes desaparecerán, lo que cambiará toda la topografía de este mundo. Y además caerá un enorme granizo, que los expertos estiman que pesará entre 25 a 50 kilogramos. La destrucción que todo esto causará es inimaginable. La tierra será un lugar irreconocible, devastado y convertido en un montón de escombros. Especialmente Babilonia, la capital del gobierno del anticristo. Y con ella, todo lo que la cultura humana caída había producido, quedará hecho añicos.

3. La respuesta de los hombres ante este último juicio

Los hombres serán conscientes de que están asistiendo al juicio final de Dios sobre su cultura, pero lejos de arrepentirse o pedir perdón, vuelven a repetir la actitud que ya habían manifestado en los juicios anteriores: “*Y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande*”.

En la ley leemos que los blasfemos debían ser apedreados (**Lv 24:16**), y viendo cómo el granizo caía sobre ellos, pareciera estar dándonos a entender que Dios estaba cumpliendo su sentencia sobre ellos.